

**“El enemigo” y “Centinela”:
dos cuentos de José Revueltas
en el archivo Juan de la Cabada**

En 1976, año de la muerte de José Revueltas, Juan de la Cabada recordó al escritor fallecido como lo hubiera hecho cualquier otro hombre comprometido con las luchas populares de México. Durante su homenaje luctuoso en el Auditorio de Humanidades de la UNAM, De la Cabada evocó al adolescente que iniciaba su carrera revolucionaria en los años del callismo, ondeando banderas y gritando consignas entre la multitud de los mítines. Ambos sorteaban su libertad en aquellos tiempos. En 1929, sentados a la puerta de la Confederación Sindical Unitaria, conversaban sobre literatura y se solidarizaban con los obreros que acudían allí por esos días. Quizá entonces, llenas las cabezas de ideales, trazaba cada uno los ejes de sus respectivos caminos literarios y políticos. Poco después se encontraron trabajando juntos en la imprenta de Luis Vargas Rea, donde editaban *Barbecheando*, revista sobre asuntos agrarios. Refiere Juan de la Cabada que una tarde, 7 de noviembre de 1930, salieron del trabajo para unirse a una manifestación que partiría de la Plaza de Santo Domingo. Como resultado de esto, Revueltas se granjearía su primera *estancia en la sombra*. En el trayecto, muy cerca del Monte de Piedad, en la esquina de Cinco de Mayo, se detuvo la marcha.

Sobre un bote de basura, improvisado a manera de tribuna, hablaron el obrero ferroviario Guzmán, el mismo Juan de la Cabada y el joven minero Camps. En tanto la autoridad increpaba al último, intentando terminar con la manifestación, se levantó un grito entre la muchedumbre: “¡No te bajes, Camps!”, impulso que valdría a Revueltas su reclusión en la Correccional. Tenía entonces quince años.

Un domingo planearon su fuga, y se habría llevado a cabo de no haber caído preso Juan de la Cabada esa misma semana.¹

Precisamente por ello —porque en el fondo de aquella anécdota encontraba él mismo una lección para acometer la lucha social en cualquier lugar y en cualquier tiempo—, Juan de la Cabada consideró que no había peor modo para despedir a un hombre como Revueltas que el habitual silencio; así que aquel año de 1976, en homenaje suyo, exhortó al público a romper la solemnidad del duelo con un minuto de aplauso.

La relación sostenida entre ambos fue siempre de mutua admiración y de cierta complicidad literarias; alguna vez, en sus inicios, se consideraron a sí mismos como representantes de lo que de la Cabada llamaba el escritor extemporáneo, aquel “que se siente incómodo en todo lugar e incomoda a todos en todos los lugares”.² Pese a sus diferencias, en ocasiones suele colocarse sus nombres uno al lado del otro, tal como hizo Carlos Monsiváis, en ocasión del homenaje a Juan de la Cabada organizado por la Universidad Autónoma de Sinaloa en 1979, al concebirlos como el espíritu trágico y el espíritu cómico de una literatura interesada no sólo por reflejar la realidad de nuestros seres marginales y explotados, sino sobre todo por transformarla.

Cabría abundar en las comparaciones, en las experiencias políticas que les fueron comunes, en sus posteriores colaboraciones dentro del ambiente cinematográfico de los cincuenta, pero baste lo anterior para suscitar un justo interés acerca del par de relatos que se dan hoy a publicación, cuentos que alberga el archivo Juan de la Cabada, resguardado por la Universidad Veracruzana desde 1990, y por cuyas páginas habla el primer Revueltas.

Algo breve puede decirse de ellos. “Centinela” data de 1931, cuando Revueltas contaba apenas diecisiete años. Curiosamente, el incidente central que narra se relaciona de alguna manera con el

¹ Véase Juan de la Cabada: “¡No te bajas, Camps!” en *El Sol de México en la Cultura*, 82, abril de 1976, pp. 2-3.

² José Revueltas: “Juan de la Cabada” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XXII, 11, julio de 1968, pp. 2-3. También publicado en *Visión del Paricutín*, México, Era, 1983, p. 258.

relato “Un hombre ahorcado”, escrito por Juan de la Cabada quizá por aquellas fechas. El motivo resulta ser el mismo: la muerte circunstancial, involuntaria, de un desposeído. El original presenta asimismo correcciones manuscritas en el párrafo final de la narración; es pertinente deducir, por los rasgos de las letras, que fue Juan de la Cabada quien realizó dichos cambios.

Respecto al otro relato, titulado “El enemigo”, cabe hacer otra curiosa observación. El texto de Revueltas fue escrito en una máquina y un papel que coinciden en todo punto con el original de “Camaradas”, cuento que probablemente escribiera Juan de la Cabada a fines de la década del veinte, tal vez poco después del asesinato de Julio Antonio Mella en la ciudad de México, lo que haría a “El enemigo” un texto anterior a “Centinela”.

Estos relatos no están incluidos en la compilación *Las cenizas*, volumen póstumo que comprende textos literarios inéditos, fragmentarios o desperdigados de Revueltas.³ Lo más probable es que “El enemigo” y “Centinela” hayan aparecido en alguna publicación marginal, o tal vez no vieron la luz; aún no lo sabemos. Es de gran interés, no obstante, para los estudiosos, el hecho de que ambos cuentos sean muy anteriores al que se consideraba el primero publicado del autor, “Foreign Club”, escrito a finales de 1937 y aparecido en *El Nacional* en los inicios de 1938.⁴

En todo caso, y haciendo a un lado los puntillosos afanes cronológicos, los cuentos que aquí se presentan provienen de aquellos años de adolescencia cuando José Revueltas departía alegremente con su camarada, quince años mayor que él, acerca de sus mutuos e inciertos proyectos literarios, sus convicciones políticas, sus tropiezos y sus ideales, mientras ambos se congratulaban por las calles con sendos manotazos, a los obreros que casualmente encontraban por las calles de la ciudad.

GERARDO HURTADO HERNÁNDEZ
Universidad Veracruzana

³ José Revueltas. *Las cenizas*. (Obras completas 11). Andrea Revueltas y Philippe Cheron, eds., Carlos Eduardo Turón, pról. México: Ediciones Era, 1981.

⁴ Véase *op. cit.* pp. 318-319.

Dos cuentos

José Revueltas

El enemigo

Frente a nuestro pelotón, el sargento González, (un buey) negro y fornido. Al doblar las esquinas, su voz dura:

—Pelotón a la derecha... ¡marchen!

Damos una fuerte patada al iniciar la conversión. Al poco momento se oye la voz de mando de otro sargento que viene detrás, ante más hombres:

—...a la derecha, ¡marchen!

En seguida, la fuerte pisada que todos dan iguales.

Las voces de los sargentos se van sucediendo. Gradualmente se extinguen y no nos queda por enfrente otra cosa que el sargento González, robusto y bruto, y por sobre las cabezas el sol rojo, que irisa nuestras bayonetas.

No se sabe qué pasa. A nosotros no se nos ha dicho nada. Ayer se leyó en la orden que limpiáramos las armas. Hoy tomaremos tranquilamente los puntos estratégicos de la ciudad...

—Marquen el paso... —grita el sargento: parece que han tocado “aumentar en frente”.

—¡Marchen!

El segundo pelotón por medio de una marcha oblicua se sitúa a nuestra izquierda.

—Sección, de frente... ¡marchen!

Nosotros aún no sabemos nada. El comandante se atusa el bigotito.

El comandante ignoraba que los puntos estratégicos de la ciudad ya están tomados por individuos mugrientos, armados y vestidos de overol.

El cabo Ezquerro de nuestro pelotón no puede contener las ganas de decir algo. Nos guiña un ojo:

—¡O verán, y que nos fueran dando en la madre!

—¿Están contra el gobierno? —pregunta un soldado de primera.

En este instante tocan a línea de tiradores. Nos extendemos a derecha e izquierda. No cabemos en lo ancho de la calle. Miramos desconfiados. ¿Dónde está el enemigo?

El comandante reflexiona. Tampoco sabe nada. Si estuviera en un monte, en el campo, seguramente podría dirigir el combate.

No se han dado órdenes precisas... “Fuego sobre patrullas”. ¡Pero qué! Por las calles no hay nadie. Sólo él, su corneta de órdenes y el regimiento gris con bayonetas caladas. ¡Ah! Se le olvidaba: también está el sol rojo, incomprensible, incapaz de hacer nada.

De pronto una descarga de no se sabe qué lado. Nos replegamos a las paredes. Desesperadamente, a culatazos, rompemos las puertas de una casa y nos metemos. Desde ahí con todas nuestras fuerzas... ¿A quién? ¿A dónde?

Todavía no se sabe nada.

El corneta de órdenes ha tocado fuego nutrido.

¡Viva el 15º Regimiento! ¡Cabrones!

De fuera nos vienen descargas aterradoras que rompen los cristales y escarapelan las paredes. Las familias nos miran asustadas. Ellas no saben nada:

¿Qué es lo que pasa? ¿De dónde viene el fuego?

El comandante es autoritario. En la casa donde nos metimos algunos y él, hay una mujercita morena y lívida.

El comandante está nervioso y con pistola en mano pregunta sin comprender:

—¡Estas putas!¹ ¡De dónde viene el fuego...?

La morena no sabe qué contestar. Si lo supiera, ¡qué bien!

El comandante dispara sobre ella. Uno, dos...

No sabemos lo que sucede.

Es algo extraño y terrible.

¿Quién es el enemigo?

La mujercita morena está tumbada sobre un petate todo roto. Un soldado pasa corriendo, no logra saltar sobre ella y le pisa los senos. De las heridas de los dos balazos brotan borbotones de sangre.

Pero ante todo, ¿quién es el enemigo?

El comandante se arranca los cabellos.

Ahora, a más de los disparos, oímos un ruido de motor en el aire.

Alguien, frenético, se asoma por la ventana y cae al otro lado, muerto de un balazo en la cabeza.

Nosotros estamos en cuclillas. Si nos paramos, nos cazan los contrarios.

¹ Hay una corrección en el original, probablemente de Juan de la Cabada: “—¡Estas hijas...!”

A los lados de la ventana, hay soldados inmóviles que disparan una y otra vez sus armas.

El comandante pregunta. Hay que darle una respuesta de cualquier clase; si no, dispara.

Alguien dice que hay un aeroplano sobre nuestras cabezas.

—¿Será leal?

Todos dicen que el aeroplano es rebelde.

—¿Pero en realidad es aeroplano?

Nadie sabe nada; el que se asoma, se muere.

—¡Vamos a la azotea!

El sargento González, el cabo Ezquerro y alguno de tropa suben cautamente.

Asoman la cabeza. En las torres de las iglesias [...] ² en las fábricas, en los balcones de las casas altas, hay obreros... ¡soldados!, parapetados. Todos tiran hacia acá.

El comandante le tiende los gemelos al sargento González:

—¿Puede ver de qué regimiento son esos... rajados?

Le interesa saber. Aún está nervioso, pero ya tiene noción de quién es el enemigo.

El sargento va a hablar. Pero cae de espaldas, herido por una bala.

Ya sobretirado, el comandante le sigue interrogando.

El sargento González con los dedos hace señas de que el 15º es el rebelde.

El comandante aprieta los puños:

—¿Qué chingados pasó? ¡Sólo nuestro primer pelotón está con el gobierno?

Las balas siguen haciendo saltar la cal de las paredes.

—¡Pendejos...!

El sol es rojo.

Quema.

Ya, compañero.

² El original se interrumpe en este punto, pues el papel está roto en una de sus esquinas inferiores. La laguna, sin embargo, oculta no más de dos palabras.

Centinela

A doscientos pasos, la hondonada. A veinte pasos, la fila de cadáveres tendidos.

Solamente a cinco, la "lumbrada". Luego el centinela. A quinientos pasos, mil cosas incomprensibles. Un poco atrás del centinela, la avanzada que duerme.

Todo se concreta a eso, y a correrse la voz silbando en los casquillos: porque el enemigo está cerca.

El centinela contempla los vientres inflados y cubiertos de vello rizado.

En los rostros de los cadáveres, no ve otra cosa que el brillo de la hoguera.

Es preciso, sin embargo, correr la voz. Un silbido largo. Luego otro, otro, otro más hasta que se pierden por completo.

El centinela fuma. Atrás, los soldados duermen. Adelante los soldados están muertos. Más adelante aún, sólo la hondonada.

El cuerpo de guardia está un poco retirado. No por eso dejan de llegar hasta allá los silbidos de los centinelas. El que está aquí, de todas maneras, "echaría una cieguita" con mucho gusto.

Pero por otro lado es imposible dormir: ¡los cadáveres! A él, ¡qué diablos! no le asustan. Pero... siempre, ¡esas panzas que de un momento a otro van a estallar!, ¡esos rostros barbones y de ojos abiertos!

A cien, a doscientos pasos, la hondonada, la hoguera, luego su pierna que tiembla nerviosamente. ¿Por qué? ¿Qué cosas!

Procura toser, y enciende un cigarrillo.

No hay nada.

Muchas estrellas en el cielo.

—¡Está muy fresca la noche!

Se repega a la hoguera.

De allá —el cabo de guardia— un silbido. El tiempo se alarga. Pero ¡en fin! sólo faltan dos silbidos más, definitivamente. La guardia es de una hora.

¡Los cadáveres!

Inopinadamente, una forma blanca, de entre la hondonada.

El centinela brinca. Ahora tiembla todo.

—¿Qui-qui-eeeeen vive?

La forma blanca sigue caminando, sonambúlica. Tiesa, con pasos pequeños.

—¡Quién vive o se muere!

Todo igual. La forma avanza.

—Ta...con. Ta...con.

El centinela dispara.

—Cabo cuarto... mi cabo...¿Quién vive?

Grita, brama como un loco. El bulto permanece firme. No se ha hecho blanco o no le hacen nada las balas.

—Ta-con. Ta-con.

La forma sigue de frente.

—Mi caaaaabo...

El cabo llega corriendo acompañado de dos soldados más.

—¿Qué diablos pasa?

Mira al centinela que sin fijarse sigue disparando a diestra y siniestra.

—Amarren a ese... va a mandarnos al demonio.

Vuelve el rostro a la hondanada. Un campesino blanco camina hacia él, inconsciente, ¿dormido?

—¿Qué?

El campesino llega hasta el cabo. Viene herido. Sus ojos giran desesperadamente como los de un caballo cornado.

—A...gu...a —alcanza a murmurar, y un chorro de sangre brota de su boca.

El cabo le tiende el ánfora.

—Habrás que matar a éste —señala al campesino—, es gente de Zapata.

Lo palmea en el hombro.

—Acuéstate, hermanito, que al fin te tiene que llevar la...

Quando el cabo volvió el rostro, el antiguo centinela se había vuelto loco.*

1931

* Corrección manuscrita hecha por Juan de la Cabada: “—Acuéstate, hermanito, que al amanecer te lleva la pelona... [tres palabras ilegibles.] “El cabo volvió el rostro y vio una forma negra que en cuatro patas corría, corría, corría y aullaba como perro... Se había vuelto loco el centinela”.